

**bam
bú**



**Dragón
busca princesa**
Purificación Menaya

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2006, Purificación Menya
© 2006, Editorial Casals, SA
Tel. 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Francesc Infante

Undécima edición: marzo de 2015
ISBN: 978-84-934826-4-0
Depósito legal: M-13.390-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S.A. - Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográfico, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Dragón busca princesa
Purificación Menay

Ilustraciones: **Francesc Infante**

bam
bú
EDITORIAL

ÍNDICE

Capítulo 1	9
Capítulo 2	13
Capítulo 3	23
Capítulo 4	33
Capítulo 5	41
Capítulo 6	51
Capítulo 7	65
Capítulo 8	77
Capítulo 9	95
Capítulo 10	109
Capítulo 11	123
Capítulo 12	131
Capítulo 13	149



1

Aquella noche, David y su hermana pequeña se pelearon porque los dos querían leer el cuento del dragón.

–El libro es mío –aullaba David.

–Sí, pero yo lo cogí primero –protestaba Susi.

–Siempre me estás quitando mis cosas...

En el forcejeo, uno tiró de un lado del libro y otro, del otro, y el libro se rompió.

–¡Lo has roto, bruto, más que bruto! –gritó Susi llorando con una parte de libro en sus manos.

David trató de arrebatárselo para arreglarlo, pero Susi, llena de rabia, rasgó el resto de las páginas. David se quedó con medio libro entero en una mano y el otro medio, con las páginas hechas pedazos, en la otra. Aquél era su libro favorito.

Entonces llegó mamá.

–¡Susi ha roto mi libro del dragón! –gritó David enfadado.

–No es cierto: ha sido él.

–Ha sido ella.

–Él no quería dejármelo.

–¡Basta ya! Sois unos salvajes. No os voy a comprar más cuentos, si no sabéis tratarlos con cuidado. Los libros son joyas, ¿sabéis?

Mamá cogió la parte del libro de las hojas rasgadas y dijo, con pesar, que aquel libro ya no tenía remedio. Se llevó a Susi a su dormitorio y no le contó ningún cuento aquella noche. Dejó el libro roto, con el montón de papeles, para llevar a reciclar.

La mitad sin rasgar quedó en poder de David. Ya, en la cama, lloró amargamente por su libro destrozado. Al final David se quedó dormido. El libro resbaló de sus manos y cayó desde la cama al suelo.

La luz de la luna bañaba el suelo del cuarto de David. Aquella luz incidía directamente en los ojos del dragón del cuento y le molestaba. Él estaba acostumbrado a dormir dentro del cuento, con las tapas cerradas que lo protegían; pero ahora se hallaba en el suelo, expuesto a la luz de la luna. Además, estaba mojado. Una extraña lluvia salada había caído de los ojos del niño, que solía leer su cuento. ¡Y así no podía dormir!

Se preguntaba adónde había ido a parar el resto de la historia. Miraba a su izquierda y, en vez de la página con la montaña tenebrosa, veía una enorme zapatilla roja.

¿Dónde estaban el castillo, los caballeros armados y la bella princesa del final del cuento? Todo su mundo había desaparecido. No podía quedarse ahí parado, como si nada hubiera ocurrido. Tenía que ir en busca de su princesa.

El dragón se incorporó y se quedó sentado sobre el cuento. Sacó un pie del libro y lo posó sobre el suelo de la habitación. Estaba frío. Sacó también el otro pie y se quedó con el trasero sentado sobre el cuento y los pies fuera.

Contempló la habitación. Vio a un niño dormido en la cama. Lo reconoció: era el que solía leer su libro. Le gustaban, sobre todo, sus ojos azules aunque ahora no podía verlos porque estaban cerrados. Se levantó y abrió la puerta: un largo pasillo oscuro se extendía ante él. Aquél era un extraño castillo.

Se asomó a la ventana: ése parecía ser el mejor lugar por donde salir. Era de noche, pero apenas se veían las estrellas con todas aquellas luces sobre mástiles metálicos; algunas luces eran de colores: rojo, amarillo y verde. Las casas eran altas y tenían muchas ventanas; unas iluminadas y otras

a oscuras. Un hombre paseaba con un perro que se hacía pis por todas las esquinas. La calle le pareció un mundo muy diferente de lo que él conocía. Por eso decidió esperar a la luz del día para salir en busca de su princesa.

Ahora lo mejor era buscar una cueva donde dormir. Había un gran mueble de madera en la pared, un armario creía recordar que lo llamaban aquella gente de fuera del cuento. Abrió las puertas y se metió dentro. Allí, arrebujado entre la ropa de David, se estaba muy calentito. Y se quedó profundamente dormido, hasta el día siguiente.

Mamá despertó a David como todas las mañanas.

–¡Buenos días! ¡Es hora de levantarse! –dijo con su voz alegre y cantarina. Descorrió las cortinas y la primera luz de la mañana entró en la habitación y le dio a David en los ojos. David se tapó la cabeza con la manta.

No quería levantarse de la cama; tenía demasiado sueño, pero mamá no le dejó gandulear. Tiró de las mantas y lo dejó al descubierto.

–Es tarde, David. Levántate ya.

David se levantó medio dormido y se puso las zapatillas. Tropezó con el libro roto y lo recogió del suelo. Se acordó de su estúpida hermana, que lo había roto. Miró con nostalgia la que ahora era la última

página. Aunque aún estaba muy dormido le pareció que faltaba algo. Hubiera jurado que en esa página había un bosque con un dragón, pero ahora el bosque estaba vacío.

«Seguramente, el dragón está en la página siguiente, la que Susi ha roto», pensó. Decidió guardar lo que quedaba como recuerdo. Lo dejó en el cajón de la mesa para librarlo de las garras de su hermanita.

Tenía la ropa preparada en la silla para vestirse. Lo hizo lentamente, como todos los días. A mamá se le había olvidado sacar los calcetines, así que se arrastró con desgana hasta el armario, abrió la puerta y buscó en el cajón.

Sacó los calcetines. Su armario estaba muy revuelto; su madre se enfadaría, seguro. Le llamó la atención algo verde y brillante, que asomaba entre la ropa. Era alargado, escamoso, terminaba en pico y tenía una cresta de triángulos más oscuros. ¡Qué raro! ¿Habría guardado su madre el bolso de imitación de piel de cocodrilo en su armario?

Tiró de aquello, pero no pudo sacarlo. Al contrario, se escapó de su mano agitadamente. Entonces, una garra cayó sobre su hombro. Notó una nube de aire caliente en la cara, y una cara verde con dos orificios humeantes se abalanzó sobre él

